

Cirujano General

Volumen **26**
Volume

Número **2**
Number

Abril-Junio **2004**
April-June

Artículo:

¿Vivir o durar?

Derechos reservados, Copyright © 2004:
Asociación Mexicana de Cirugía General, A. C.

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)

¿Vivir o durar?

Comments to the book: ¿Vivir o durar? [Live or last?]

Autor: Dr. Rafael Alvarez Cordero
Comentarios: Dr. Ruy Pérez Tamayo
Dr. Manuel Quijano Narezo

Empiezo agradeciéndole a Rafael su generosa invitación a participar en esta popular pero relativamente nueva liturgia de la presentación de los libros recién publicados, en este caso, su nuevo texto titulado “¿Vivir o Durar?”. Digo que la liturgia es popular porque se ha generalizado de tal manera que en el mundillo de las letras no pasa un día sin que se anuncien y se lleven a cabo varias presentaciones de nuevos libros en distintos recintos, casi siempre con el mismo formato: tres o más comentaristas (que a veces incluyen al editor, y casi siempre a Carlos Monsiváis) y el autor mismo del texto, toman la palabra en diferentes órdenes (a veces el autor habla al principio, a veces al final) y expresan sus distintas opiniones sobre el libro. Las de los comentaristas son casi siempre elogiosas, a veces hasta ditirámicas y desde luego casi nunca críticas; ocasionalmente se tiene la impresión de que quizá alguno de los comentaristas realmente ya leyó el libro sobre el que discurre, pero esto no es frecuente. El autor generalmente explica porqué, cómo y cuándo escribió su libro, y da las gracias a los comentaristas. La liturgia generalmente termina con un vino de honor, en el que sistemáticamente se sirve un vino pésimo.

Además de que califiqué a esta liturgia de la presentación de los libros recién publicados como popular, también dije que es relativamente nueva. Desde luego, no hay registro de que *El Quijote* de Cervantes o la *Divina Comedia* de Dante hayan sido presentados cuando se publicaron, y Ali Chumacero me dijo que no recordaba que *Pedro Páramo*, publicado en 1961, hubiera sido objeto de presentación alguna. Cuando yo publiqué mi primer libro, en 1959, nadie me dijo que se presentara, pero era un libro de texto muy técnico. Preocupado por conocer la historia de las presentaciones de los libros, consulté a un buen amigo experto en libros, José Emilio Pacheco, quien me dijo, con su habitual vehemencia: “La tradición de las presentaciones



de los libros la trajeron los exiliados españoles; los que eran editores, tipógrafos y correctores de estilo en España, siguieron siendo lo mismo cuando llegaron a México, lo que le dio un gran impulso a la actividad editorial del país. De manera que fue a mediados o a fines de los años 40 del siglo pasado que se iniciaron las presentaciones, al principio muy ocasionales y discretas, pero que en los años de la década de los setenta del siglo XX ya formaban parte de la historia natural de un nuevo libro. Esto tuvo resultados ambivalentes, porque por un lado favoreció la difusión de la literatura, pero por otro lado sustituyó a las famosas revisiones de los nuevos libros, escritas y publicadas en diarios y revistas periódicas por las mejores plumas de la época, que muchas veces eran muy superiores a los textos comentados...

“En esta conversación estaba presente otro buen amigo nuestro, Ramón Xirau, quien suavemente dijo (no sé si en español o en catalán): “*Pero no te enojés, José Emilio...*”

Otra consulta sobre el origen de la liturgia de las presentaciones de los nuevos libros, esta vez hecha al indiscutible Campeón Olímpico Internacional de Participaciones en Presentaciones de Libros, Carlos Monsiváis, agregó un dato interesante. Carlos me dijo: “Las iniciaron los poetas, en las primeras décadas del siglo XX. Como nadie publicaba sus libros, ellos mismos hacían ediciones mimeográficas de menos de 100 ejemplares, invitaban a sus amigos a una tertulia en sus habitaciones, y les obsequiaban y leían sus versos. En respuesta (o venganza) uno o más de los asistentes procedía a leer los suyos.”

A mediados de los años de la década de los cincuenta del siglo XX, las sesiones de lectura y distribución de textos de poesía ya eran tan populares que tuvieron que hacerse en sitios públicos, como cafés o restaurantes. Fue cuando los editores descubrieron el valor comercial

de las presentaciones de libros y las adoptaron como una estrategia más de mercadotecnia”.

Las dos versiones recogidas no son incompatibles, y además coinciden en señalar que las presentaciones de los libros recién publicados son una liturgia reciente. Como todas las liturgias, ésta también tiene un objetivo: difundir la presencia y la excelencia del recién nacido. Lo que me lleva a cumplir con mi compromiso, que es comentar el nuevo libro de Rafael. Por nuevo no sólo entiendo que acaba de salir, sino la implicación de que hay otros libros de Rafael a los que no llamaré “viejos”, pero sí anteriores a éste, “¿Vivir o Durar?”. Yo he contado ocho títulos en mi biblioteca, pero no me sorprendería que hubiera más, porque Rafael sufre de esa enfermedad terrible, conocida como *insanabile scribendis cacoethes*, por cierto rara entre los médicos, que le hace odiar a la página en blanco y arremeter contra ella para llenarla de palabras.

Su producción libresca suma obras técnicas de cirugía y otras no tanto, sino más bien de divulgación de sus conocimientos médicos. Mis dos favoritos son “*Perestroika de la Medicina*”, que apareció en 1991 y contiene un análisis crítico de la medicina mexicana que no ha perdido vigencia, y “*Excelencia en Cirugía*”, publicado en 1994 y que considero una de las mejores introducciones a esa especialidad y que además debería ser lectura obligada de todos los estudiantes de medicina.

Pero vamos a comentar, ahora sí, el nuevo libro de Rafael. Se trata de su texto menos técnico, escrito en lenguaje sencillo, informal y con frecuencia hasta coloquial, claramente dirigido al público no médico (aunque a muchos colegas no les vendría mal leerlo), y con un objetivo muy claramente expresado desde el principio: para vivir mejor y más tiempo hay que saber vivir bien. Mientras lo leía me recordó otros dos libros que leí hace muchos años: uno de ellos, cuando tenía unos 10 años de edad, lo llevó mi padre a la casa cuando acababa de salir en español, y se llamaba “*El Arte de Vivir*”. Su autor era Lin Yutang, un escritor chino-norteamericano cuyos libros le gustaban mucho a mi padre; el otro libro lo leí unos cuantos años después, no muchos, y se llamaba “*The Conquest of Happiness*”, y su autor era el filósofo Bertrand Russell. Ambos libros examinan las causas de la infelicidad y hacen propuestas sencillas y racionales para evitarla y vivir mejor. Pero ni Lin Yutang ni Bertrand Russell eran médicos, y en cambio Rafael sí lo es, y por eso su libro se centra en problemas de salud y estilos de vida, en la longevidad y la comida, en el ejercicio físico, y presta especial atención a la obesidad.

Todos los capítulos de este libro son buenos, pero el que más me gustó se llama “Polvo enamorado”, y empieza de la manera siguiente: “Hemos revisado los dos elementos esenciales de una buena salud y una buena vida, la alimentación y nutrición sana y la actividad y ejercicio físico cotidiano. ¿Eso es todo? ¿Somos solamente un grupo de elementos químicos, reacciones moleculares, células que se construyen y se destruyen? ¡Ciertamente que no! Compartimos con las estrellas más lejanas algunos de los elementos que forman nuestro

organismo, tenemos el sodio, el potasio, el cloro, el oxígeno que hay en las galaxias, en las piedras, en los vegetales y en los animales, somos polvo de estrellas, y esto nos lo recuerda la sentencia bíblica: “*polvo eres y en polvo te convertirás*”, eso es cierto, pero algo sucedió hace muchos miles de años que cambió todo, porque somos, como dijo Don Francisco de Quevedo y Villegas: “*polvo serán, más polvo enamorado*”.

Quiero decir con esto algo que usted sabe muy bien, y es que la vida que queremos vivir no tiene sentido si no le damos un sentido, que nacer, crecer, reproducirse, envejecer y morir como lo hace un vegetal o un animal no se compara con lo que nosotros podemos hacer, que estamos aquí por alguna razón, estamos aquí para “algo”, algo que debemos descubrir, conocer y realizar plenamente”. Esto está muy bien escrito, pero se pone todavía mejor cuando Rafael explica qué es ese algo, cómo se descubre, se conoce y se realiza, y nos habla del polvo enamorado de sí mismo, del polvo enamorado de los demás, del polvo enamorado del mundo, y termina con una receta realmente inmejorable, que es: *Hay que tener un amante*.

Otro gran capítulo es el titulado “¿Cómo han pasado los años!”, en el que examina algunos problemas que se presentan cuando llega la vejez, como los accidentes, los problemas financieros, la depresión, el temor a la decrepitud y a la muerte, y la soledad. Pero en relación con la muerte, el capítulo denominado “*Plenitud al final de la vida*” está repleto de sabiduría y de experiencia, aunque aquí quisiera señalar un punto que Rafael pasa por alto. Con toda justicia, se cita el trabajo de la Dra. Elizabeth Kübler-Ross sobre las reacciones psicológicas del sujeto enfermo que sabe que va a morir pronto, y se resumen las famosas 5 fases caracterizadas por ella: la negación, la ira, el trueque, la depresión y la aceptación. Pero ese estudio de la Dra. Kübler-Ross se hizo hace una generación, en un grupo de pacientes judíos neoyorkinos de un elevado nivel económico, por lo que podría resultar inadecuado extrapolar sus datos a los pacientes mexicanos actuales. El problema es que en nuestro medio nunca se ha hecho un estudio igual, nosotros no conocemos cuáles son las reacciones psicológicas más comunes en los enfermos que morirán pronto y que ya lo saben; nuestras opiniones están basadas en nuestras experiencias personales, y Rafael relata algunas de las suyas, pero eso no es conocimiento, son simplemente opiniones. Puede argumentarse que todos los hombres son iguales ante la muerte y que los datos de la Dra. Kübler-Ross son válidos para toda la humanidad, pero esa también no es más que una opinión.

Felicito a Rafael por su nuevo libro “¿Vivir o Durar?” y le agradezco que lo haya escrito. Estoy seguro de que tendrá una amplia difusión, y de que muchos de sus lectores seguramente compartirán conmigo el sentimiento de gratitud hacia el autor, por haber escrito un libro tan inteligente, tan sencillo y tan lleno de sabiduría.

Dr. Ruy Pérez Tamayo

Para empezar diré que este libro, como las buenas obras de teatro, va de menos a más; o mejor de poco a mucho. El título sugiere un libro de escarceos filosóficos asentados sobre conceptos biológicos que es, precisamente, el estilo y el gusto del autor. El planteamiento del primer acto es llamativo y vistoso aunque sencillo, a pesar de los títulos de los capítulos que utilizan palabras como inmortalidad o longevidad invita al lector a buscar perpetuar los días felices de la juventud y a oponerse a los efectos del paso del tiempo. Sus argumentos por tratarse del primer acto, son aspectos conocidos y muy comentados, como los de la nutrición, el peso corporal, los alimentos chatarra, las vitaminas, la embestida terrible de los vendedores de productos milagrosos; pero agrega datos que dan peso específico a un libro dirigido a intelectuales, como menciones bíblicas con la edad de muchos patriarcas, o de la historia general como que Atila vivió 121 años e insinúa que murió tal vez por esforzarse demasiado –no sabemos si con éxito- recién casado con una jovencita secuestrada de una tribu vecina; o el dato que el (viejo) Old Parr –para mí tan sólo una marca de whisky muy apetecible- se llamó Thomas llevó una vida tormentosa con reyertas de cantina y borracheras escandalosas que cortaron su vida a los 152 años. Y por supuesto cita a Brillat Savarin lo que celebro, como francófilo empedernido.

En el segundo acto amplía, según las reglas de la dramaturgia, amplía el planteamiento, ahora no con la comida sino con el ejercicio. Como en el primero, las formas de sudar o reposar en carreras, gimnasios y piscinas, pero no se olvida de prevenir contra los mercadotecnistas y publicistas que prometen el peso ideal, las curvas tentadoras, la supercapacidad vital y sexual. Tampoco olvida dar a su público datos de interés intelectual... y menciona de paso a la modelo Twiggy alta y flaca como una i latina del alfabeto, a las venus africanas de prominentes traseros y las ahora no apetitosas modelos de Rubens con celulitis y lonjas abundantes. Todo ello entre explicaciones de la Ley de la Entropía, el metabolismo de los lípidos, las placas de ateroma y la descalcificación ósea. Hace referencia a la credulidad del ser humano que lo mismo acepta los fenómenos llamados parapsicológicos, las supervitaminas, las predicciones del horóscopo o confía en las pulseras de bronce. No obstante, en los tiempos modernos en que todos se consideran racionales y ateos, nadie deja de ser un poco un “racional-supersticioso” y Alvarez Cordero cae en su propio garlito al transcribirnos las observaciones de la Universidad de Tufts, de Boston, con unos ancianos entre

87 y 96, inválidos, que recuperaron todas sus capacidades físicas después de 10 semanas de ejercicios.

Hablando de esto yo le recomendaría a Rafael que no sea tan definitivo en eso de la percepción extrasensorial y que, como yo, que no creo ni en el Viagra, deje la puerta abierta para que no nos ocurra como aquel sabio francés que en 1840, al mostrársele el retrato en daguerrotipo de un caballero preguntó quién lo había hecho; y al responderle que la luz, se indignó creyendo que se burlaban, pues era imposible que la luz hubiera hecho un trabajo tan fino, indudablemente debido a la mano de un consumado artista.

El tercer acto es más filosófico –como se sospechaba por el título-, y se apoya en afortunados subtítulos como el “polvo enamorado”, el “cuidado del templo” y otros. Los consejos cambian de tono: ahora se refieren al rostro que merecemos y que refleja nuestra experiencia, a la mirada atenta y sagaz, al porte erguido, al talante, al seguir haciendo lo que hicimos ayer, a distinguir entre estar solo y sentirse solo, a conservar cierta creatividad y a pensar en la muerte pero sin temerla. Mi querido Rafael no se atreve a mencionar una creencia infantil que persiste, con seguridad cuando menos, en su mamá y su hermana: la necesidad de trascendencia existente en casi todo ser humano y que formaría parte de la salud... mental.

El tercer acto, en la dramaturgia, debe ser de catarsis, de liberación y purificación. Si el conflicto era el de vivir y durar, aquí el autor insiste en que vivir es darle sentido a cada momento del durar sin convertirse en observador pasivo; vivir el presente, dice, pues el pasado sólo existe en el recuerdo y el futuro en la mente. Y la frase final, la frase telón, para la que emplea varias páginas de buena prosa propone “la celebración de la vida”.

Para nosotros, los viejos, la celebración de la vida se realiza a través de un nuevo placer que Rafael no conoce todavía: el placer de recordar los momentos continuada, uniforme y utilitaria de manera que se logra sin esfuerzo. La que empleó Epicuro al estar muriendo y le permitió mitigar los dolores de sus cálculos renales.

Por último... una aprehensión... que la buena intención de Rafael pueda ser perniciosamente aprovechada por el enemigo: las fuerzas del mercado que utilizan a su favor la obsesión de nuestra época por la salud, el buen cuerpo, la apariencia ágil, las dietas, obsesión que se ha convertido en histeria colectiva, en religión fundamentalista... y que su libro pueda prestarse para promocionar cremas rejuvenecedoras o aparatos quema-grasas.

Dr. Manuel Quijano Narezo

